



**LAS TRES EDADES**

Y DIJO LA ESFINGE:  
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,  
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA  
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.  
¿QUÉ COSA ES?  
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.



Las grandes leyendas  
de los  
**CABALLEROS**  
de la **TABLA REDONDA**

Adaptación de Nicolas Cauchy y Béatrice Fontanel  
Ilustraciones de Aurélia Fronty

Traducción del francés de Sara Cano

 Siruela

Las Tres Edades

# ÍNDICE

EL REY ARTURO  
9

LANZAROTE DEL LAGO  
55

PERCEVAL EL GALÉS  
101

TRISTÁN E ISEO  
147





# El rey Arturo





# El rey Arturo





## 1. En tiempos de Uterpandragón

En aquella época, Uterpandragón gobernaba el reino de Logres, en Gran Bretaña. Era un buen monarca, amado por sus súbditos, que no se había casado ni engendrado hijos. Sin embargo, tuvo la desgracia de enamorarse de una joven llamada Ygerne, esposa del duque de Tintagel, uno de sus barones más leales.

La tradición dictaba que, tres veces al año, el rey invitara a todos sus nobles al castillo, que se llenaba por tanto de caballeros, damas y damiselas de entre las más hermosas del país. Sin duda, en esas ocasiones podría haber encontrado una esposa encantadora; pero, su corazón pertenecía a Ygerne. En la mesa, le hacía sentarse a su lado y le ofrecía los mejores bocados. En privado, le hacía llegar suntuosos regalos.

En un primer momento, Ygerne creyó que el rey hacía todo aquello por aprecio a su marido. Pero un día, cuando partía de la corte real para regresar a su castillo, Uter le murmuró al oído:

—¡Partís con mi corazón!

«El rey se ha enamorado de mí», pensó Ygerne. Y aquel pensamiento la llenó de temor.

Pasaron los meses, e Ygerne no le contó nada a su marido con la esperanza de que el rey se olvidara de ella. Pero fue en vano. Un día, Uter ordenó que le enviaran unas lujosísimas joyas.

—Magnífico —dijo el duque al ver aquello—, el rey debe de apreciarme mucho para cubriros con tantos presentes.

—Desgraciadamente, querido esposo, no es a vos a quien ama, sino a mí.

Preso de furia, el duque decidió abandonar la corte de Uter sin avisarle de ello siquiera, algo que, en aquella época, se entendía como una declaración de guerra. Alejado de Ygerne, el rey se volvió completamente loco: dejó de comer y se marchitaba día a día. Hasta que fue en busca de Merlín.

—Ya lo he intentado todo —le explicó—. Palabras hermosas, regalos, amenazas e incluso una declaración de guerra. Pero he fracasado: el corazón de Ygerne es una fortaleza infranqueable.

—Quiero ayudaros —respondió Merlín—, con la condición de que a cambio juréis concederme todo lo que os pida.

Y el rey así juró.



## 2. La concepción de Arturo

Al día siguiente, acompañado solo por un escudero, Merlín y el rey partieron del reino en secreto rumbo al castillo de Tintagel, donde vivía Ygerne.

—No sé qué milagro podría suceder para que pudiéramos entrar nosotros tres en ese castillo, cuando he mandado sitiado durante varios días sin éxito alguno —le dijo el rey a Merlín mientras cabalgaban.

La fortaleza se encontraba en un lugar muy aislado, en la zona más remota de Cornualles y tan bien fortificado que era infranqueable.

—Confiad en mí —le respondió el mago—, y lo veréis.

Por el camino, Merlín recogió unas hierbas mágicas y pidió al rey que se frotara el rostro con ellas.

—¿Y bien? —preguntó Uter—. ¿Por qué me miráis así? ¿Acaso me he convertido en animal?

—En absoluto —respondió su escudero—. Pero os parecéis tanto al duque de Tintagel que, sin duda, os habría tomado por él.

—¡Es cierto! —exclamó el rey, contemplándose en el reflejo de su espada.

A continuación, Merlín frotó su propio rostro con las hierbas y pidió al escudero que hiciera lo mismo. Apenas lo hubieron hecho, Uter exclamó:

—Pero ¿qué magia es esta? Ambos os asemejáis a los mejores amigos del duque.

—¡Que me aspen —prosiguió Merlín— si alguien nos reconoce con este disfraz!

Cabalaron hasta el castillo de Tintagel y lo alcanzaron al caer la noche.

—¿Quién va? —preguntó el guardia apostado a las puertas.

Casualmente, el duque había partido a la contienda con sus caballeros.

—¿Qué pasa? ¿No me reconocéis? —dijo el rey—. Soy yo, vuestro señor. ¡Os ordeno que me abráis!

Engañado por la magia de Merlín, el guardia hizo bajar el puente.

—He venido a pasar la noche con mi esposa —dijo el falso duque— porque la extraño mucho. Mañana regresaré al campo de batalla. Tened mi caballo dispuesto al alba.

Después subió a la alcoba de Ygerne y se acostó en su lecho.

Por la mañana, cuando el rey se marchó, Ygerne llevaba a un hijo en su vientre.

